

Por [María R. Martínez](#)

Yo no quería que esa noche me apagaran la luz, porque había visto movimiento en la entrada de la cueva.

En realidad había dejado de vigilarla por los trajines con el grupo nuevo. La jefa salió sobre la pantera a recorrer el paisaje, pero me pareció que fue ella la que estuvo merodeando por allá, no me preguntó por la cueva, lo cual creí sospechoso.

Mi preocupación era cierta, porque pasadas las doce los vi a los tres, armados con lanzas, venir hasta el lugar donde dormían los animales. Esperé un poco, para conocer sus intenciones.

Venían riéndose, así que no los cogerían desprevenidos.

Cuando me vieron en el borde de la cama se alegraron de poder hablarles a todos los interesados.

“Queridos amigos, esta es la mayor alegría que he podido recibir, les presento a mis padres”.

No lo podía creer, cómo podían estar ellos aquí. Me preocupaban mis fantasmas nuevos y viejos, mi familia que no se reúne completa y ahora esto.

“Nada es imposible”, volvió a decir la jefa y yo tuve esperanzas de nuevo.

Los padres de la mujer, ayudaron a los animales y visitaron la cueva por dentro, me contaron de su belleza y de cómo el sol les había dejado esos rayos de luz que adornaban la entrada.

Hacía tiempo no me sentía así y creo que ellos tampoco.

Tenían provisiones en la cueva para todos y ya no hizo falta que yo engañara a abuela con lo de la bandeja vacía.

Sentí deseos de estar con mi familia, apagué la luz, después de un hasta mañana y todos nos fuimos a dormir.

Por eso:

La felicidad  
cabe en la pared;  
dentro de un bolsillo,  
en un alfiler.  
Al borde de un sueño,  
sobre un carrusel.  
En la misma casa  
que te vio nacer.